

## EL HUMANISMO EN VETERINARIA Y ZOOTECNIA\*

MED. VET. GUILLERMO SCHNAAS

**P**OR HUMANISMO pensamos que debe entenderse todo aquello que centra objetivos en las cosas que interesan al hombre para una realización plena de su vida; esto, a diferencia de humanitario con que habitualmente se designan sentimientos de piedad para el débil, conmiseración para el que sufre, como una eclosión espiritual excelsa en el hombre. Sobre esta base, se pretende aquí hacer resaltar los fines humanísticos de la veterinaria y la zootecnia; pero, más que un simple panegírico, de ambas, parece conveniente denotar las características que deben tener para cumplir cabalmente con ese cometido.

Sin más barreras a la imaginación que aquellas que nos colocan, por un lado la paleontología con sus vestigios de lo que fue y, por otro, la observación de fenómenos biológicos y sociales que derivados, nos parece lícito creer que el primer hombre, como ente aislado, pudo darse el lujo de simplemente tomar para sí, aquello que de la naturaleza le agradaba. Es más, podía escoger para sí y los suyos sin importarle el desperdicio; había tanto para tan pocos; sus necesidades, por otra parte, también eran las mínimas esenciales para subsistir.

Ese primitivismo del cual quedan aun vestigios, fue evolucionando lentamente; muy lento fue si se compara con lo que ha ocurrido en el último siglo. 600,000 años han transcurrido; difícil es decir cuánto tardó el hombre en reconocer que le era más provechoso cuidar a los animales, que simplemente salir a cazarlos. Ya en tiempos bíblicos se valoraba la riqueza por el número de animales que se poseían; sólo es, sin embargo, hasta en el código de Hamurai, 2,000 años antes de nuestra era, en donde aparecen evidencias de que se procuraba curar a los mismos.

Había aprendido el hombre que los animales le eran no sólo útiles, sino absolutamente indispensables para subsistir. Ya el simple tomar del medio, sin importar el desperdicio había cedido ante la necesidad de conservar; más, ¿cómo

---

\* Trabajo de Sección (Higiene y Medicina Veterinarias), presentado por su autor en la sesión del 29 de julio de 1964.

conservar?, ¿cómo evitar que las fuerzas misteriosas de la naturaleza acabasen con individuos y rebaños? Los conocimientos médicos eran rudimentarios. Poco o nada se conocía sobre las verdaderas causas de las enfermedades; menos, pues, se podía hacer contra ellas.

Durante los siguientes casi cuatro milenios quedaría el arte veterinario reducido a prácticas empíricas intrascendentes. Pequeñas intervenciones quirúrgicas, herrajes ortopédicos, enemas, sinapismos, purgantes, embrocaciones, etc., constituían los recursos, muy a semejanza de lo que ocurría en medicina humana. Prejuicios sociales y religiosos ponían cortapisas a aquellos que, reconociendo sus limitaciones intelectuales, pretendían investigar; la ignorancia de los procesos fundamentales carbonizaba las alas de los más osados.

Curiosa situación se vislumbra en aquel panorama donde todo lo habido se atribuía a factura de un dios creador y, sin embargo, en lugar de inquirir humildemente en la naturaleza, acerca del cómo de los fenómenos regidos por El, se lanzaban afirmaciones con pretencioso dogmatismo y se condenaban o ironizaban observaciones reales. Opinaban mentes humanas que ignoraban todo, pero se sentían poseedoras de influencia sobre los espíritus del mal, cuando no conocedoras de mandatos divinos. Sólo los sentimiento más nobles del hombre habían cobrado cuerpo de doctrina; inmutable ésta en su esencia, delesnable en sus vestimentos. Tuvo el hombre y ante todo qué aprender a pensar, a valorar dialécticamente.

Se necesitó de héroes, a quienes ni siquiera el autosacrificio amedrentó, para internarse en ese mundo de lo desconocido que eran los fenómenos naturales. Con ávida curiosidad, pero con silenciosa modestia, aventuraron en aquel abismo de lo ignoto. Con cada nueva información obtenida se fue incrementando el conocimiento humano. Paulatinamente se aprendió que, conociendo la verdad que rige alguno de los fenómenos naturales, se podía hacer uso de ellos en beneficio humano; mas cada paso que permitía un adelanto, situaba, como se sigue reconociendo hoy, ante nuevas incógnitas que nos separan del conocimiento completo, de esta inmensidad que gobierna con inmutable precisión el devenir universal.

Hubo así lugar para que en el transcurso de apenas los últimos dos siglos, surgiera la veterinaria de las modestas actividades artesanas y se encumbrara hasta el nivel científico en que se desenvuelve hoy en día. En rigor científico, poca diferencia separaba a la medicina humana de la veterinaria; pero para el médico había la ventaja de poder llevar esperanzas al enfermo y sus familiares y gran consuelo era ello; por otra parte, le acreditaba conocimientos el poder anunciar frecuentemente el desenlace, fruto esto de cuidadosa observación, pero cuán frecuentemente no se veía impelido a refugiarse en los designios divinos, ante su imposibilidad para cambiar el curso de los hechos. Larga y penosa había sido la jornada para que el médico pudiese actuar eficientemente, más en

todo el trayecto le asistió siempre el reconocimiento, la gratitud, de aquellos que se sentían comprendidos y acompañados en su dolor, aun en casos que terminasen con la vida, hay qué reconocer que los méritos médicos eran más una apreciación subjetiva de enfermo y familiares que una realidad objetiva.

Confluyen varias circunstancias para obligar al veterinario a dar fundamentalmente evidencia objetiva de su saber. Ninguna estimación afectiva o esperanza angustiosa franqueará el dintel de lo económicamente posible. La tasa económica de los animales impone limitaciones, tanto a los métodos de diagnóstico como a los terapéuticos; es más, aun en los casos de aprecio afectivo, siempre existe la barrera del interés humano primordial ya sea éste económico o sanitario. Nunca se le exige al veterinario que sea infalible; pero sí que reconozca las limitaciones de sus alcances, tanto en lo que respecta a la posibilidad de resolver los problemas, como de hacerlo económicamente.

El aprecio moral que el veterinario pudiese despertar depende, entonces, del juicio que los resultados palpables permitan hacer y, como en el sentido estricto, el dinero es un valor simbólico de servicios humanos prestados, el veterinario nunca pudo ni puede elevarse a niveles económicos médicos o superiores, mientras sus actividades se restrinjan a servir individualmente en animales cuyo valor sea reducido; sólo cuando presta servicios en animales que tengan estimación particular elevada, le es factible merecer reconocimiento mayor. Apenas, sin embargo, adquirió el veterinario la posibilidad de operar eficientemente sobre masas y, además, demostrar que podía intervenir directamente en beneficio de la salud humana, cuyo precio no es posible calcular, adquirió su valor significación mayor en lo económico y allende lo sospechado en lo moral. ¡Ah!, pero eso sí, primero tuvo que demostrar eficacia ya que la sola esperanza que pudiese haber ofrecido carecía de valor; esa esperanza podía, a no dudarlo, haber operado transitoriamente, como sigue ocurriendo cuando el hombre arriesga todo para resolver sus problemas; pero ella jamás sería puesta nuevamente en la veterinaria, si la balanza se inclinara permanentemente hacia los valores negativos.

La aplicación de vacunas, las medidas higiénicas y sanitarias efectivas, la terapéutica en masa, los medicamentos de alta eficacia y fácil aplicación, abrieron nuevos horizontes a la veterinaria. Las técnicas sencillas quedaron, desde luego, pronto al alcance de los mismos propietarios de animales; pero el conocimiento exacto sobre la oportunidad de su uso requiere cada día de conocimientos más profundos, y el veterinario debe demostrar su valer precisamente en eso, porque aun las medidas más sencillas y baratas, resultan ser un despilfarro inútil y costoso, cuando se toman fuera de tiempo o lugar.

El veterinario no puede darse el lujo de limitar su capacidad a aquello que cualquiera puede hacer, porque pronto quedaría desplazado al anaquel de curiosidades inútiles. Le es imperioso perfeccionar sus conocimientos para reco-

nocer oportuna y precisamente los padecimientos y luego dictar las medidas, también precisas y adecuadas, para la resolución de los casos. Esta solución adecuada puede significar el sacrificio de uno o varios animales enfermos, inclusive el exterminio de todo un hato, o la destrucción de sus carnes o productos, ya sea para evitar males económicos mayores o la trascendencia de las enfermedades al hombre. Toda la economía ganadera puede, en un momento dado, depender de su acierto.

Verdad es que se han perfeccionado técnicas médicas y quirúrgicas y que ellas requieren de la intervención directa del veterinario. Hay también animales de alto valor económico o sentimental en los cuales se pueden emplear; pero aun en éstos y especialmente en la gran masa de la población animal se requiere de intervenciones eficaces y económicas. Resulta así imperativo que, cuando el veterinario se dedique a ejecutar estas intervenciones, perfeccione sus métodos a máximas no alcanzables por legos. Ninguna razón moral, ninguna ley, lo podrá mantener en su puesto, si su capacidad no justifica esa protección. La sola tenencia de un título, si no está respaldada con capacidad demostrada y operante, se transforma en ironía que humilla.

Hoy en día se valoran matemáticamente problemas y soluciones, tanto para conocer biométricamente los fenómenos, como para valorar su significado económico. Este método será más generalizado conforme aumenten las exigencias humanas sobre la producción animal. No puede extrañar entonces que el veterinario tenga necesidad de valorar su propia capacidad o, digamos mejor, utilidad, en relación a frutos obtenidos en la explotación. Deberá revisar métodos, estudiar costos, amoldar funciones, cosa que le obliga a un constante perfeccionamiento.

Si para el médico humano la socialización progresiva y necesaria de la medicina impone profundos ajustes en sus actividades, para el veterinario también influyen una serie de circunstancias que le obligan a transformarse. Así, la intervención estatal en el control de epizootias, una mayor cultura tanto en propietarios de animales, como entre consumidores de sus productos, una exigencia creciente para alimentos y servicios provenientes de animales sanos, la presión comercial de fabricantes de medicamentos para hacerlos llegar a mayor número de usuarios, el interés de fabricantes de alimentos para animales por un cabal aprovechamiento que sólo se logra en animales sanos, etc., transportan los problemas de patología animal fuera del hato y los hace de interés general. El problema radica básicamente en lograr los servicios más eficaces al menor costo posible y la sociedad hará uso de los medios que estime más adecuados para conseguirlo; al veterinario sólo le queda defender dignamente su sitio con capacidad cada vez mayor.

Como es de suponer, la meta veterinaria culmina en lograr un estado de

salud completo en los animales y, asimismo, si ella sufre quebranto, evitar al máximo que afecte los intereses económicos y vitales del hombre.

Ahora bien, salud, ese concepto abstracto de perfección absoluta en la armonía con el ambiente, puede lograrse o aproximarse, digamos mejor, tanto en animales que producen, como en aquellos que no lo hacen; esto a semejanza de lo que acontece en el hombre, donde puede ser sano lo mismo el ocioso, como aquel que se dedica en cuerpo y espíritu al trabajo, lo mismo el tonto que el genio. De este conocimiento nació la necesidad de buscar, después de haber logrado la salud, la producción más provechosa de los animales. Fructificó ese apremio a mediados del siglo pasado con el nacimiento de la Zootecnia, como un arte científico que pretende incorporar a los métodos de cría, reproducción y explotación de los animales, todos aquellos conocimientos que permitan lograr un beneficio más económico de sus servicios.

Nunca debe haber sospechado aquel Conde de Gasparín, acuñador del término "Zootecnia" los alcances que tendría esta rama de las actividades humanas. Lo que nació como un método ecléctico aplicado a conocimientos empíricos, de los que constituía parte esencial la observación y la valoración de la morfología animal, en el transcurso de un siglo se desarrollaría a toda una gama de conocimientos y métodos necesarios para lograr los propósitos, es decir, más producción a menos costo.

La aplicación de las proporciones numéricas a los fenómenos hereditarios, la valoración calórica de las raciones alimenticias, el examen fisicoquímico de sus componentes, la apreciación bioenergética de los mismos, el estudio higiénico del ambiente y el acondicionamiento de albergues, así como una justipreciación cada vez más minuciosa, inclusive de las maniobras y útiles para el manejo de los animales y sus productos, transformaron la simple manutención y cría en verdadera industria animal.

Consecuencia de lo anterior fue y sigue siendo una exigencia creciente de conocimientos, más minuciosos, más exactos, en las personas que de esos aspectos se ocupan. Primero evolucionó el simple criador de animales hacia el criador que necesitaba conocimientos propios o de asesoramiento en zootecnia; hoy se requiere de nutriólogos, genetistas, ingenieros sanitarios, etc. y una serie de tecnólogos de nuevo tipo que surgen casi a diario. Siendo además varias las especies que se explotan, y aun dentro de ellas, de diversos tipos, lógico es que el campo se haya dividido y subdividido. El zootecnista general, como el médico general, el mecánico general o el simple compónelotodo que se dedican a todo y a nada en particular, van siendo relegados cada vez más a esferas de escaso desenvolvimiento social y económico.

Desde luego y evidentemente hubo necesidad de especializar, pero, ninguna especialización puede existir sin un sólido conocimiento general. El dilema fundamental es definir hasta dónde es necesaria la preparación general y dónde

comienza lo superfluo, lo que solamente resta tiempo y esfuerzo al perfeccionamiento esencial. Por otro lado, el grado de especialización lo determina la exigencia social. Utópica resultaría la existencia de especialistas en medios insuficientemente desarrollados económica, política y socialmente; siempre, y en ello no quedan ajenas las profesiones, privará la necesidad de resolver primero los problemas comunes, los más frecuentes, los más sencillos; se satisface así una exigencia social, que existe en una mayor ventaja al dar un poco a muchos, que mucho sólo a algunos.

De lo expuesto podrá notarse que, para que sean operantes la veterinaria y la zootecnia, es menester que ambos, el veterinario y el zootecnista, conozcan la biología en estado de salud perfecta de los animales; el uno para poder apreciar desviaciones patológicas de lo normal y poder actuar en su contra; el otro para poder hacer ajustes, desde aquellos factibles en el patrón hereditario, hasta aquellos que involucran detalles mínimos de ambiente y manejo. Natural parece en consecuencia, que el zootecnista general haya derivado como una necesidad, del veterinario cuya preparación básica exige ese conocimiento de la biología animal.

Claramente se comprenderá que no puede haber zootecnia donde imperan las enfermedades; lo urgente es conservar, después perfeccionar. Sólo cumplido el estado de salud, minuciosamente conformado el ambiente higiénico y estrictamente conservado el estado sanitario, se podrán empezar a introducir los principios elementales del arte zootécnico. Apenas, sin embargo, se requiera de procedimientos más exactos, basado en conocimientos más profundos, el veterinario se verá ante el dilema de sacrificar calidad veterinaria a mayores conocimientos en zootecnia o viceversa. La disyuntiva sólo le deja un camino; mantener al más alto nivel su calidad veterinaria y asociar su labor con aquellos que se inclinen por la zootecnia, máxime si una y otra van exigiendo especialización en su campo.

Ha ocurrido y seguirá sucediendo en mayor grado conforme la industria ganadera se desenvuelve, que se incrementen y perfeccionen especializaciones a partir de conocimientos básicos generales, para ahorrar tiempo y esfuerzo que sólo se desperdician si no encuentran aplicación posterior. Esta es una tendencia común, encaminada fundamentalmente a proporcionar a la sociedad personal más perfeccionado en menos tiempo y, lógicamente, a menor costo. A las personas interesadas en ejercer, ello proporciona la oportunidad a seguir cauces más acordes con sus naturales inclinaciones, también en menor tiempo.

Redundancia, quizá hasta molesta, parecerá este insistir en el perfeccionamiento; pero detengámonos un momento a reflexionar en el pasado. Concordaremos en que el primer hombre, como unidad, era útil a sí mismo; apenas sin embargo, el instinto lo llevó al apareamiento con el sexo opuesto, nació la necesidad de ser útil a otros, primero a la pareja, después a los hijos, emergió

con ello la primacía de la especie sobre el valor individual. Hoy el hombre va camino de reconocer que sólo es útil a sí mismo, en la medida en que es útil a sus semejantes, y su valor se acrecienta cuando sirve al conglomerado, por encima del interés individual. Lejos estamos, desde luego, de haber alcanzado alguna perfección; mas emerge la imperativa demanda de aumentar la cantidad, la calidad o ambas de los servicios prestados, si se espera un mayor reconocimiento general y, en última instancia, una base legítima para la estimación propia. La misma condición humana pronto coloca un límite a la cantidad de servicios prestables individualmente, mas la calidad siempre será susceptible de mejoría.

Desde tiempos legendarios el hombre ha reflexionado sobre su papel sobre la Tierra, el objeto de su existencia, y de ello nacieron religiones, teorías y esencialmente normas de conducta, en las que se palpa ese sentimiento de "ser para el otro" y que encontró expresión en el Cristianismo en el conocido y frecuentemente olvidado mandato de "amarás a tu prójimo como a tí mismo" y en el terreno médico en el juramento de Hipócrates. A pesar de ello, el hombre sigue debatiéndose en la lucha entre servir a otros o servirse a sí mismo. Olvida que el servirse a sí mismo sólo es una compensación legítima cuando es resultante y proviene de haber servido a otros; pero servido única y exclusivamente con miras a hacer el bien y hacerlo lo mejor posible. La dignidad sólo puede estribar en eso, es decir, reclamar compensación a un derecho que se merece, cuando con integridad se ha puesto al servicio humano la máxima calidad de que se es capaz. Diáfano imperativo es que la capacidad haya sido desarrollada, para que, como ocurre en el profesional que pretende tenerla, ello sea una realidad cuidadosamente configurada y no una simple representación histriónica de lo que debiera ser.

Hoy en día, en que la humanidad duplica su número varias veces en menos de un siglo, es evidente que las necesidades de sustentos se incrementen. Ello no sólo al mismo ritmo, sino al ritmo mayor, ya que grandes proporciones de seres humanos sufren de hambre. También y a mayor número de habitantes, habrá más estrecha convivencia con los animales, luego mayor peligro de que sus enfermedades se extiendan al hombre. Evidentemente recae sobre la veterinaria y la zootecnia una gran responsabilidad para buscar solución a ambos problemas.

Sólo un profundo sentido humanístico, sólo una integridad absoluta en el ejercicio, pueden permitir a la veterinaria y a la zootecnia colaborar en esa lucha titánica por alejar lo más posible ese espectro ahora, esa previsible realidad mañana, del desequilibrio absoluto entre alimento disponible y las necesidades apremiantes de él, y que ha sido y es el motivo de que otras especies lleguen a una mínima expresión, o desaparezcan del todo, después de haber florecido.

Evidentemente no está en manos del veterinario y el zootecnista como tales abordar, o juzgar siquiera, la bondad de los fines que promueven un incesante incremento de la especie humana. Al hombre quizá anonade la inmensidad del problema que heredarán los hijos y claudique en un estéril egoísmo; nunca, empero, ha sido el triunfo resultado de acciones cobardes. Como hombre primero y veterinario o zootecnista después, la obligación que impone la misma esencia humana, está en poner, con el máximo esfuerzo y con integridad generosa, al servicio de los semejantes, aquello, poco o mucho, para que se es apto, y hacerse más apto, si el espíritu con que se trabaja ansía traspasar barreras que le colocan espacio y tiempo.